

Cathy Hopkins

# Un nuevo desafío

Cinnamon Girl 



*Como este libro es esencialmente sobre los amigos,  
quisiera dedicárselo a Anne O'Malley, que es mi amiga  
desde que yo tenía trece años, cuando, como India Jane en esta novela,  
tuve que empezar en una nueva escuela y eso me asustaba mucho.*

*Y gracias, como siempre, a Brenda Gardner,  
Anne Clark y Melissa Patey.*

# 1

## Un nuevo desafío

–Mamááá, ¿viste mi mochila? –pregunté, desde mi dormitorio en el tercer piso.

–Mamá, ¿dónde está el líquido para lustrar los zapatos? –preguntó mi hermano Dylan desde el baño del segundo piso.

–Los dos están en el armario bajo la escalera, y ustedes dos, ¡dense prisa! –gritó mamá desde la planta baja–. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que perseguirlos para que hagan algo que tendrían que haber hecho hace años.

–Son sólo detalles de último momento, casi estoy lista –respondí.

Bajé dos pisos deslizándome por la baranda de la escalera y luego seguí por los escalones hasta la planta baja, pero no me sentía tan despreocupada como parecía. Ni de lejos. Al día siguiente empezaría el undécimo año en una nueva escuela.

–¡Ah, qué vista tan peculiar! –exclamé, al ver a mamá con el trasero levantado, de rodillas y con la cabeza metida en el armario bajo la escalera. Encontró mi mochila y la sacó de entre la maraña de maletas y bolsos amontonados allí, y luego retrocedió gateando para salir.

–Gracias –le dije, cuando me la entregó.

–¿Ansiosa por empezar mañana? –me preguntó mientras nuevamente se arrodillaba, se soltaba el cabello castaño rojizo y volvía a recogerlo.

–Casi tanto como por ir al dentista.

Mamá se puso de pie y se sacudió el polvo del top de terciopelo turquesa que tenía puesto con sus jeans. Nunca dejaba de asombrarme que, aun después de estar hurgando en un armario viejo y sucio, lograra estar hermosa, como una princesa de cuento de hadas.

–Te va a ir bien, India Jane –dijo–. Ya lo hiciste muchas veces.

–Sí, y cada vez ha sido más difícil. Tú no entiendes. Empezar en una nueva escuela no es algo que se vaya haciendo más fácil. Es cada vez más difícil.

–Bueno, para Dylan también será algo nuevo –arguyó mamá, cuando Dylan apareció en la escalera en pijama, con el cabello mojado bien peinado y el rostro fresco y sonrosado por el baño.

–Sí... –empezó a decir él.

–Claro que a él le va a ir bien –lo interrumpí–. Para todos los que ingresan a séptimo año, será una novedad. Todos los chiquitos están en la misma situación, como sapos de otro pozo. Estarán nerviosos y asombrados. Es algo que los une. Pero en undécimo año, probablemente seré la única chica nueva.

Dylan se acercó y me dio un puñetazo en el brazo.

–No tan chiquito, cabeza de chorlito.

–Cabeza de chorlito, ¿eh? ¿Y tú? Eres un insecto en el parabrisas de mi vida, un ser pequeño pero molesto, y ya sabes lo que te pasará. –Rápi-damente, dejé caer la mochila, extendí la pierna derecha, la enganché con su pierna izquierda, lo tomé por el torso y lo empujé al suelo. Era un movimiento infalible. Lo había aprendido en una clase de defensa personal, en mi escuela anterior. Apoyé el pie izquierdo sobre su vientre y me puse a cantar: “Soy la campeona, soy la campeona...”.

Él extendió el brazo y me dio un golpe de karate detrás de la rodilla.

–¡Ayyyyyyyy!

–¡Basta, ustedes dos! –intervino mamá–. Por Dios, India, pórtate como una chica de tu edad.

–Eso hago. Tengo quince años. Siempre me dices que no crezca demasiado rápido. Decídete.

Dylan me apartó de un empujón, se puso de pie y me sacó la lengua.

–A los chicos no les gustan los marimachos –me dijo–. Así nunca vas a conseguir novio.

–Y tú, ¿cómo sabes que ya no tengo uno?

–Ya quisieras –respondió Dylan. Se apartó de nosotras, se abrazó a sí mismo y empezó a menearse de una manera sugestiva que, desde donde estábamos, hacía parecer que alguien estuviera abrazándolo. Empezó a imitar sonidos de besos–. Oh, Joe, Joe...

Corrí y lo tomé por el cuello.

–Que Dios ayude a cualquier chica a la que trates de besar –dije, mientras empezaba a estrangularlo y luego intentaba derribarlo al suelo–. Parece que estuvieras tomando sopa de fideos.

–Mamáááááá, otra vez me está atacando. Mamááááááá.

Mamá nos observó unos segundos y suspiró.

–India, deja en paz a tu hermano –me ordenó, con voz cansada–. No es un juguete. Y a los dos les irá bien mañana en la escuela, aunque... a veces me pregunto si no habría sido mejor quedarnos en un solo lugar en vez de mudarnos por todo el mundo. Tal vez así habrían podido tener una vida familiar normal.

Solté a Dylan y él fue a hurgar en el armario, no sin antes darme un codazo en el estómago al pasar.

–Sí. Deberíamos habernos quedado en un mismo lugar, mamá –respondí–. Como están las cosas, estoy marcada de por vida y voy a necesitar años de terapia cuando sea mayor.

–Los necesitas ahora –intervino Dylan por encima de su hombro–. Pero dudo que un psicoterapeuta pueda ayudarte.

Mamá rió. Sabía que yo no hablaba en serio. Bueno, más o menos. Una parte de mí sí lo decía en serio y deseaba haber tenido una crianza más normal. Una sola escuela primaria. Una sola secundaria. Los

mismos amigos desde séptimo año. Especialmente eso: los mismos amigos desde séptimo año. Al día siguiente estaría sola e ingresaría a un grupo donde todas las amistades y todos los grupos se habían establecido años atrás: eso era lo que más temía. Mi familia había estado mudándose desde que yo nací, y ya había vivido en cinco países distintos: Rajasthan en la India, Santa Lucía en el Caribe, Venecia en Italia, Essaouira en Marruecos, Dingle Bay en Irlanda. Siempre en lugares maravillosos: un ala de un viejo palacio (el resto era un hotel), una hermosa casa colonial, un antiguo *palazzo*, una elegante residencia campestre y un castillo no muy bien conservado. A mamá y papá les encantaba viajar. Y es verdad que vimos algunos lugares extraordinarios y que tuvimos experiencias que no cambiaría por nada, pero lo único que siempre quise fue tener un hogar como todo el mundo. Y un grupo de buenos amigos. No es que no tenga amigos. Los tengo, sí, pero siento que me pasé toda la vida despidiéndome de ellos cada vez que mi familia se mudaba.

Al fin, parecía que íbamos a quedarnos en un mismo sitio por un tiempo, ahora que estábamos en Holland Park, en casa de mi tía (salvo papá). Mamá y papá se habían quedado sin fondos (es decir, se había acabado la herencia de mamá) alrededor de un año atrás y por eso habían tenido que reconsiderar sus planes. Debido a la falta de dinero, papá había aceptado el primer trabajo que se le presentó; aún estaba viajando, pero sólo hasta octubre, cuando vendría a reunirse con nosotros. Estaba tocando en una orquesta que se encontraba de gira por Europa, y yo lo echaba mucho de menos. Aunque éramos cinco viviendo en casa de tía Sarah y había visitas todo el tiempo, el lugar parecía muy silencioso sin la presencia imponente de papá. Fuera de eso, el cambio de planes había salido bien. La casa es increíble; tiene cinco pisos, de modo que hay mucho lugar para todos. Además, tiene un gusto impecable, al menos para mí. Habitaciones luminosas y ventiladas con altos miradores, pisos de madera (con calefacción por losa

radiante, lo cual es fabuloso después de algunos lugares helados donde hemos vivido), colores suaves y cálidos en las paredes, mucho arte étnico interesante y adornos traídos por mi tía de sus viajes por Lejano Oriente. Todo del mejor gusto, así es tía Sarah. Lo único malo de esta mudanza fue separarme de mi mejor amiga en Irlanda, Erin, a comienzos del verano. Eso fue horrible.

–¿Hablaste con Erin? –me preguntó mamá, como si leyera mis pensamientos–. Ella siempre te alegra.

Meneé la cabeza.

–Traté de llamarla hace un rato. No está. Su escuela empieza un día después que la nuestra, así que seguramente estará aprovechando al máximo el tiempo que le queda.

–O besándose con ese pretencioso de Scott Malone –acotó Dylan, al tiempo que salía gateando del armario con la caja de líquido para lustrar.

–¿Cómo sabes sobre él? –le pregunté–. ¿Has estado leyendo mis e-mails?

Dylan puso los ojos en blanco.

–Ni lo sueñes. Sólo leo ficción de mucho nivel.

–Pues, si no lo has hecho, ¿cómo te enteraste de él? Mamá, necesito una computadora para mí sola.

–Deberías alegrarte de que sólo ustedes dos deban compartir la que está en tu habitación, y de que tu tía Sarah no la necesitara más cuando compró la nueva. De no haber sido por ella, todos tendríamos que usar la que está en mi taller, y todos podríamos leer tus e-mails.

–Sus e-mails son muy divertidos –dijo Dylan, y prosiguió imitando una voz de niña–: “Estoy ansiosa por volver a ver a Joe mañana en la escuela. Creo que tuvimos una buena conexión en Grecia...”.

–¡De acuerdo! Se acabó, pequeño pervertido. Eres hombre muerto.

Arremetí contra Dylan y decidí atacar su punto débil. Es muy cosquilloso. Lo derribé de espaldas contra el piso y le hice cosquillas en las axilas sin piedad.

Se puso a chillar como un bebé.

–¡Mamááááááááá!

Mamá volvió a suspirar y pasó a nuestro lado como si no estuviéramos allí.

–Cenamos en veinte minutos –dijo, dirigiéndose a la cocina.

Solté a Dylan, que giró de costado y se puso de pie.

–Y no quiero que mañana te cuelgues de mí en la escuela –me dijo, mientras seguía a mamá hacia la cocina–. No quiero que arruines mi estilo.

–¿Qué estilo? –le pregunté, al tiempo que me encaminaba hacia la escalera–. Cómo desearía a veces tener hermanas.

–Yo también –replicó Dylan–. ¡O al menos una hermana que supiera comportarse como una chica!

Después de cenar, fui a mi habitación, tomé una hoja de papel y preparé una lista.

*Cosas buenas de empezar en una nueva escuela:*

1) *Kate: es mi prima.*

Vivimos en su casa. Bueno, no es su casa sino de su mamá. Mi tía Sarah. A diferencia de mi mamá, que gastó toda su herencia, tía Sarah invirtió la suya con mucha astucia, hizo toneladas de dinero y tiene esta casa fabulosa en Holland Park. Está divorciada y, como sólo vivían allí ella y Kate, dijo que podíamos alojarnos hasta que mamá y papá lograsen salir adelante. (Lo cual no pasará nunca. Sé cuánto cuestan las casas en Londres. Millones y millones. Y sé también que, en lo que respecta al dinero, mis padres son Peter Pan y Wendy. Nunca terminaron de crecer. Por eso creo que estaremos mucho tiempo en esta casa y, por suerte, Sarah parece muy contenta de que así sea.) Mañana, Kate empieza el decimotercer año, el último. Está en esa escuela desde séptimo año,

lo cual significa que sabe todo lo que hay que saber sobre ese lugar; además, ella es genial y seguramente la respetarán mucho. Estuvimos juntas durante el verano y estoy segura de que me mostrará la escuela y me presentará a todos los que valga la pena conocer.

2) *Joe: es el chico a quien conocí en Grecia.*

Dylan tiene razón: es cierto que tenemos una conexión... más que eso. Estoy enamoradísima de él, pues es el chico más espectacular que haya conocido, además de que es divertido a su manera. También, es interesante y le gusta el arte, como a mí. Es obvio que se avecina un romance, supongo, ¡sólo falta que él esté de acuerdo! Su mamá, Lottie, y mi tía Sarah tienen un centro *New Age* en Skiathos. Pasé el verano allí y llegué a conocerlo un poco. Él no estaba en el complejo todo el tiempo porque tenía un trabajo durante las vacaciones en el pueblo vecino, pero cuando estaba, sin duda había cierta química en el aire, y cuando nos despedimos en el aeropuerto luego de regresar juntos desde Grecia, estábamos a punto de concretar. Nos habríamos dado nuestro primer beso allí mismo, de no haber habido un millón de personas en la zona de espera, incluso nuestros respectivos parientes que habían ido a recogernos. Ahora que estamos de regreso en Inglaterra, no veo la hora de engancharme con él; de hecho, había esperado que se comunicara conmigo antes del comienzo de clases, pero aún no pasó una semana y supongo que él tenía cosas que hacer, pues está por empezar su último año y tendrá exámenes finales, como Kate.

3) *Puedo ir a la escuela a pie desde aquí.*

Veinte minutos como máximo, de modo que eso es bueno.

4) *Ya tengo un contacto en mi mismo año. Una chica llamada Leela.*

Su hermana Anisha trabaja para tía Sarah. La conocí en Grecia y, antes de mi partida, me dijo que buscara a su hermana. Si se parece a Anisha, será muy simpática.

*Cosas malas de empezar la escuela:*

1) *No conozco a nadie salvo a Kate, Joe, Leela (y a ella ni siquiera la conozco aún) y Dylan.*

2) *A mitad del año, tengo que elegir mis materias para los exámenes y, como el programa es ligeramente distinto del de mi escuela anterior, tendré que estudiar mucho para ponerme al día.*

3) *Nuevos profesores.*

4) *Tener que usar un uniforme escolar. Esta vez es blanco y negro.*

Bueno, sí se puede elegir el estilo de la falda; yo la elegí recta, pero se ve muy aburrida. Y ¿cómo voy a conquistar a Joe Donahue si estoy vestida como un pingüino?

*Tácticas para empezar las clases:*

1) *Mantener un perfil bajo.*

2) *Observar.*

3) *No llamar la atención hasta saber qué es qué y quién es quién. E incluso entonces, no llamar la atención.*

4) *Llegar a tiempo por la mañana. No quedarme de más por la tarde.*

5) *Entrar con Kate y andar con ella lo más posible para que los demás piensen que soy tan divertida como ella.*

*Elementos esenciales para llevar:*

1) *Un libro, para poder simular que estoy haciendo algo si alguna vez me encuentro sola.*

2) *Brillo natural para labios, para cuando vea a Joe.*

3) *Teléfono celular, para enviar mensajes de texto a Erin siempre que sea posible.*

Luego de escribir mi lista de tácticas, decidí probarme el uniforme una vez más. Como tengo cabello castaño rojizo y ojos color ámbar, el blanco y el negro no son los colores que más me favorecen y pueden darme un aspecto deslucido. Por esta vez podía salir airosa porque aún tenía un buen bronceado por mi veraneo en Grecia, pero normalmente me quedan mejor los tonos otoñales. Papá me llama *Chica Canela* por mis colores (pero también porque una de sus canciones favoritas de Neil Young se llama *Chica Canela*).

Justo cuando estaba experimentando para ver cuánto maquillaje podía ponerme, llamó Erin.

–Hola –dijo–. Decidí llamarte en lugar de enviar un mensaje de texto porque, conociéndote, sé que estarás nerviosa y necesitarás saber de mí, la voz de la cordura, la sabiduría y el sentido común.

–¿Tú? ¿La voz de la cordura y el sentido común? ¿Estás drogada?

–Caradura. Entonces te dejo, ¿eh?

–Noooo. Gracias por llamar. Eres una buena amiga, Erin. Sí necesito hablar contigo. ¿Dónde estabas?

–Fui al cine con algunas de las chicas.

–¿No estabas con Scott?

–No, con Scott, no. Ya sabes cómo es. Para él, “compromiso” significa darse besos profundos, y eso lo hace con muchas chicas. No sé si quiero ser una más en su lista, por lindo que sea.

–No. Tú lo mereces para ti sola.

–Exacto. Entonces, ¿estás preocupada por empezar la escuela mañana? En una escala del uno al diez...

–Quince.

–Te va a ir bien, India Jane. Eres de Géminis. Es el mejor signo para hacer nuevos amigos.

- No en el undécimo año.
- No te preocupes. Aún me tienes a mí. ¿Qué estabas haciendo?
- Preparándome. Probándome el uniforme.
- Negro y blanco, ¿no?
- Sí. Falda negra. Camisa blanca. Hasta ahora, me probé la camisa con las mangas enrolladas, estiradas, un botón desabrochado, la corbata floja...
- ¿Y si te pones la falda al revés, la parte trasera adelante, como una loca, te atas la corbata a la pierna y te pones el calzón en la cabeza? Tendrás un *look* absolutamente personal.
- Cuánto me alegro de que llamas. Yo sabía que podía contar contigo para que me dieras sugerencias sensatas.
- ¿Puedes elegir los zapatos?
- No. Los mocasines negros son obligatorios.
- Mmm... nada sexy.
- Lo sé. Si pudiera, me pondría mis *Converse All Stars*.
- Pero verás al espectacular Joe.
- Sí.
- Envíame un mensaje de texto apenas lo veas. Inmediatamente, ¿me oyes? Tienes mucha suerte de ir a una escuela mixta, mientras yo tengo que volver al convento.
- Ojalá pudiera estar allá contigo, Erin.
- Sí. Pero más me gustaría a mí estar allá... Espera un momento.
- ¿Qué?
- ¿Te acuerdas de lo que decía ese tipo santo, aquel que daba las clases de meditación que tomaste en Grecia?
- Sensei. ¿A qué te refieres?
- Me contaste que él decía que no tenemos que estar siempre deseando estar en donde no estamos. Que tenemos que estar aquí y ahora.
- Vaya, qué buena memoria tienes, Erin. Y yo que pensaba que no te interesaba lo que él decía. Creía que te preocupaba que fuera a robar-me el alma y a comérsela con ensalada.

—Bueno, pues eso demuestra lo poco que me conoces, India Jane Ruspoli. Yo soy una mujer profunda y misteriosa, además de sensata y, en general, maravillosa.

—Y modesta.

—Por supuesto —dijo Erin—. Pero, en realidad, me parecía que el sujeto decía cosas con mucho sentido. Es una locura que tú quieras estar aquí y yo quiera estar allá. Deberíamos tratar de aprovechar al máximo el lugar donde estamos.

Me sorprendió el cambio en Erin, pues en el verano, cuando yo había empezado a meditar, ella se había mostrado muy desdenosa al respecto, como si yo hubiera ingresado a una secta dirigida por extraterrestres.

—De acuerdo. Muy bien. Estar aquí y ahora. Genial. Amor y paz. Claro, nena.

—No te burles, tonta. Es obvio que la pureza de tu alma se ha corrompido en tu corta estadía en Londres, pero he de orar por ti. Bueno, ya sabes a qué me refiero. Lo que quiero decir es que aprovechemos lo que tenemos y seamos positivas.

—Hablas como mi mamá, y ya sabes que siempre fue un poco hippie.

—¿Y qué? Eso no tiene nada de malo. Sí, amor, paz y buenas ondas para todo el mundo. Y pronto llegarán las vacaciones de invierno y podré estar allá.

—No veo la hora.

—Yo tampoco. Bien, sigue probándote la ropa. Ten listo tu brillo labial. Y recuerda, India, que eres una chica fabulosa y bellísima y que para cualquiera sería un honor ser tu amigo. En serio. Nunca olvidaré lo bien que te portaste cuando mi mamá tuvo aquel susto del cáncer de mama.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No necesariamente. Algunos huyen cuando alguien se enferma, especialmente si oyen la palabra “cáncer”; es como que no lo toleran. Tú siempre estuviste a mi lado y yo nunca lo olvidaré.

–Bueno, eres mi amiga. Me importan tú y tu mamá. ¿Cómo está ella?

–Muy bien. Disfrutando su regreso al trabajo. Se la ve bien.

–Dale mis saludos.

Seguimos conversando unos diez minutos más y Erin me contó las últimas novedades de todos los que yo conocía en Irlanda. Luego me duché y me preparé para acostarme. Me sentía mucho mejor después de hablar con Erin, especialmente cuando me imaginaba llegando a la puerta de la escuela con la falda al revés y los calzones en la cabeza. Luego recordé una técnica a la que papá solía recurrir cuando estaba nervioso antes de un concierto (es músico, entre otras cosas). Él decía que imaginaba a la gente del público vestida de payaso. Decidí combinar el método de papá con el de Erin e imaginar a todos –a todas las caras nuevas que conocería al día siguiente, profesores, alumnos, a todos– con los calzones en la cabeza. La escala de nerviosismo bajó a cinco. *Ahora piensa en algo bonito*, me dije, recordando el consejo de Erin de ser positiva, mientras me acomodaba bajo las cobijas. Inmediatamente me vinieron a la mente imágenes de Joe y tuve una sensación cálida en el estómago, mientras mi imaginación creaba docenas de encuentros románticos en mi mente: Joe y yo entrando a la escuela tomados de la mano. Cientos de alumnos asombrados de que la chica nueva hubiese enganchado al chico más lindo de la escuela. Joe y yo representando los papeles protagónicos en *Romeo y Julieta*, y él insistiendo en que ensayaríamos mucho las escenas de besos. Joe y yo riendo, conversando durante el almuerzo, obviamente muy enamorados, ante la mirada envidiosa de las demás. Joe enseñándome francés. Yo leyéndole poemas. Joe y yo en el aula de arte, divirtiéndonos, librando una batalla con pintura. Joe y yo corriendo para el equipo escolar... y ganando los dos. Joe y yo. Joe y yo. *Qué raras, pensé, son todas estas sensaciones que tengo hoy. Nervios por volver a empezar mañana: ésta es una sensación agria. Luego pienso en Joe Donahue y es dulce. Agridulce. Es obvio que estoy en la etapa de la comida china en mi vida.*